

Religión hoy y otras reflexiones

Por HONORINO J. MARTÍNEZ

No trata este artículo de la controvertida asignatura de religión en los institutos de enseñanza, ni tampoco pretende ser un estudio profundo y erudito. Simplemente trata de ser una visión particular de la religión, que tal vez pueda crear controversia, pero que en ningún modo pretende ser ofensiva o irrespetuosa.

Me gustaría ser imparcial e independiente, como si de un espectador se tratase, pero de sobra es sabido que ello es imposible, ya que toda persona ha sido endoculturada en alguna religión. Incluso la nombrada sociedad aconfesional del antiguo comunismo puede considerarse una religión más.

Se ha dicho que la religión es un culto a la sociedad, también que es un elemento de cohesión social imprescindible. En su sempiterna confrontación con la ciencia, se suele decir que la religión suple lo que aquélla no llega a esclarecer; serían estas dos materias las paralelas que con sus conexiones forman la escalera de la vida. El componente psicológico de la religión no debe ser desdeniado. La sugerión que se crea está ahí. Algunos le darán poca importancia y querrán seguir viendo en la religión algo sobredimensionado o mágico, espectacular, diría yo. Es esta una visión poco evolutiva de la vida.

Las sociedades primitivas practicaban un politeísmo, que en algunos casos llegaba a ser una religión personal; tenía un componente de autoayuda y de adaptación al medio. El monoteísmo avanzó paralelamente a la evolución del Estado; no en vano la extensa jerarquización de ambas instituciones han corrido parejas. La religión y el Estado son dos poderes, que aunque han tenido, y tienen, choques, las más de las veces han unido sus fuerzas para prolongar sus intereses.

Si el monoteísmo se arraigó como una necesidad de unión territorial y social, bien podría en el tiempo presente aflorar un panteísmo (todo es dios) plural y tolerante en una supersociedad cercana entre sí y supercomunicada. Esta creencia no es nueva, pues ya los griegos formularon la idea de identificar toda materia con dios. No debe parecer esto tan disparado ni repugnante, pues una de las máximas religiosas confiere a Dios la potestad de «estar en todas las cosas»; la diferencia con entender a dios como «ser todas las cosas» es bien poco. Pero quien detenta la autoridad religiosa no puede ceder a la idea de que el más mísero subdito sea parte de la misma divinidad que él pretende representar.

La suprema creencia divina de la creación de la vida puede ser entendida en una explicación físico-química, ya que el paso del mundo inorgánico al orgánico es mínimo y puede ser explicable en términos del dualismo atracción-repulsión en circunstancias adecuadas. La vida bien podría ser un microcampo magnético. Si observamos una división celular en su etapa de la metafase, podemos observar que las líneas entre los dos centriolos, en cuyo centro se hayan los

cromosomas, tiene la misma forma que las líneas de fuerza de un campo magnético; como cuando colocamos raspaduras de hierro sobre un cartón y colocamos debajo un imán en herradura. Así lo vemos en un plano, pero si lo viésemos en tres dimensiones veríamos la forma de un balón de rugby que vemos en una célula. La vida es movimiento y el movimiento es vida; un átomo no es más que una microgalaxia y ésta un macro-átomo. Se diría que existen universos concéntricos o seres vivientes concéntricos, hacia lo grande y hacia lo pequeño.

La creencia de la inmortalidad del alma después de la muerte puede ser una idea adaptativa para el ser humano, como lo es en sí la misma religión y como lo son los dogmatismos. Pero, como todo lo adaptativo es cambiante, los dogmas deben cambiar. La inmortalidad mejor sería aplicarla a la humanidad o, por extensión, a la vida. Los individuos no somos más que simples eslabones de una cadena; todos importantes, pero nadie imprescindible. Sin embargo hay eslabones que llegan a ser más significativos porque denotan puntos de inflexión en la cadena de la vida; a éstos se supone que los conocemos sobradamente. Dejo a la elección del lector el orden de estos personajes singulares.

Caldas abandonadas

Por J. FÉLIX FUERTES

No sé si el caldo lo inventaron los caldeos, suenan parecido. Por lo mismo, si a uno le dicen que caldo viene de caldero, así, a bote pronto, le puede parecer como que tranquilo viene de tranca; pues, ambos, caldo y caldero, a parte de la sonoridad pareja, a primera vista son cosas muy distintas: el uno, líquido de muy variados gustos y no menor diversidad de utilidades; no sólo las puramente alimentarias, 'hacer el caldo gordo', 'crear un caldo de cultivo', el lujurioso 'caldo' de la Ribera del Duero, pongamos por caso, cada una de su patrón, frente a la humilde acepción que le corresponde como 'líquido caliente obtenido al hervir agua con algún que otro tropiezo sólido', y que, sin embargo, es suculentamente bienvenido en multitud de ocasiones y, en tiempos no tan lejanos y desde épocas inmemoriales, era casi el único sustento de la población. (Acordémonos, por ejemplo, de caldo del Dómine Cabra que, aunque el autor lo presente en tono burlón, no debía ser ajeno el asunto a aquella España del Imperio tardío).

Del segundo, en la actualidad técnica casi nada queda. Bueno, quedan las calderas, primas hermanas, no sé si las de Pedro Botero, pero sí las de las calefacciones, las de las grandes industrias térmicas, la Gran Caldera de Taburiente, en Tenerife o por ahí -ésta sí que quedará siempre, casi siempre; es una gran formación geológica volcánica-...; en nuestras casas en cambio, queda todavía algún que otro caldero, casi todos ellos reducidos a 'cubos' -es su nombre en plan fino, que puestos a afinar de-

bería llamársele entonces hexaedro, por lo demás igualmente inapropiado-. Aunque, si bien el cubo es el recipiente que puede contener un líquido, el caldero, además de hacer de receptor del líquido, puede hacer también de receptor del calor en él. Algo que con los cubos de plástico no funciona. Luego hay en nuestra memoria colectiva muchos otros calderos: el de Panoramix -aquel en el que se cayó Obélix de pequeño-, que sirve para casi todo tipo de cocimientos, propio del nombre de su patrocinador: que lo percibe todo; el de Ca-riwden -un poco la versión ortodoxa del de Panorámix-, el caldero mítico de la mitología celta... y las calderadas en las que se cuecen todas las habas de todas las casas, que también tiene lo suyo.

Total que, caldo y caldero -y calderas y calderetas- están tremadamente ligados a nuestro pasado, a nuestra existencia. Siendo además objetos ambos tan modestos, y en la actualidad tan poco considerados, no parece oportuno permanecer en ese olvido; no es pues descaminado dedicarle una glosa a cosas tan aparentemente insignificantes. Nuestra actualidad nos tiene entretenidos en asuntos efectivamente más banales que chupan mucha más cámara sin duda. Veamos pues.

El uno y el otro, y toda su larga parentela, provienen de calor. Ahí es nada, pues el calor proviene del fuego, y el fuego, la conquista del fuego, puede considerarse como el hito más importante dentro de nuestra civilización. Dominarlo después, del todo o en parte, ha sido la tarea técnica posterior; herrerías, alquimistas, ingenieros térmicos e industriales; ingenieros nucleares que más que dominarlo parece que juegan peligrosamente con él, y amas de casa(*). Sobre todo amas de casa. Prometeo sin duda debía tener alma de mujer. El hogar, llar, filandón, útero cálido... Desde el punto de vista evolutivo significa el paso del Paleolítico al Neolítico; de la vida errante, depredadora, a la vida asentada y agrícola. Antes incluso, ciertos animales supieron también 'caldear' su existencia, se hicieron de sangre caliente, tampoco necesitaron quedar sometidos a las veleidades climáticas externas para subsistir; antes, más antes, nuestra Tierra, se las ingenió también para procurarse un manto atmosférico que la protegiera del tremendo frío del espacio exterior; manto que le estamos haciendo jirones. Nos hemos olvidado de nuestro hogar; de forma además un tanto soberbia e irresponsable.

Sucedió que, en uno de estos paseos que uno hace de vez en cuando, me encontré en un adorable pueblo con un edificio a medio derruir, mostraba trazas de majestuosidad, de recogimiento y nobleza; le acompañaba además un entorno sereno e idílico. Eran unas Caldas. De nuestros abuelos, de la sin par película 'Ojos Negros', tenemos idea de lo que en su tiempo se 'cocía' en estos lugares. Hoy, la mayor parte de ellas siguen abandonadas; las del Luna, miserablemente reabiertas, las de Pontevedra, toscamente utilizadas; en Ponferrada, eclipsadas por un embalse -y cerrada su fuente por orden sanitaria(!!)-, las de Oviedo, casi medio derruidas.

Las Caldas, sean de donde sean, sus balnearios asociados, la cultura sana que debió existir en torno a ellos -y la prostituida que se le arrimó, como en todo-, no deben sufrir este menosprecio nuestro, ni mucho menos de nuestras autoridades sanitarias. Son un recuerdo del culto sabio al hogar universal, al calor del hogar, al útero de Madre Tierra que, lúbrico, cálido e insinuante, se muestra en ciertos rincones. ¡Cuánta salud mental anida en esos rincones! De la salud fisiológica también se podría hablar, pero, para no complicarse -doctores tiene la medicina-, buena ha de ser como consecuencia de la paz que producen; como de quien se recoge en un regazo cálido y atenúa sus cuitas.

Por contra, ¡cuánto despilfarro hospitalario!, ¡cuánta soberbia intelectual delata este menosprecio y este abandono!; ¡cuanto comercio con nuestra salud! Aquellas series televisivas de intrigas médicas en hospitales de postín americano puede que pretendieran mostrarnos avances de la medicina. Puede que esa cultura haya salvado muchas vidas; nadie lo duda. Pero también han creado una cultura del 'pastilleo'; de frialdad en el trato, de idolatría de la técnica, en detrimento del respeto a la Naturaleza, a nuestro origen, a nuestro hogar, a nuestra cálida -equilibrada- identidad neolítica. Competitividad, rentabilidad, dividendos, agresión, prisa....; de eso, quedaron hartos en el paleolítico. Sólo los necios pueden pensar que esta persecución rabiosa tras los avances técnicos representan ciertamente avances sociológicos; diez mil años ha que el Neolítico acabó con aquellas prácticas depredadoras. Ahora, ciertas lumbres quieren industrializar el campo con el turismo rural, con la hiperproducción, cuando son antítesis, como lo son lo blanco de lo negro, lo alto de lo bajo.

El abandono de las Caldas, en sí mismo y de forma genérica -lo que tiene de calidez local, armonía, recogimiento, respeto a la identidad, etc...-, delata un tremendo retroceso evolutivo. Al menos eso me parece, eso me sugiere ese edificio que recuerdo en mi mente totalmente derruido; el real y el metafórico. ¡Claro que alguno pensará que estoy reivindicando el taparrabos! Ni en el Neolítico ni en mi pueblo, ni en otros tantos pueblos, se andaba ni se anda en taparrabos. Sí que estoy reivindicando el Neolítico, el respeto y el arraigo para y sobre Madre Tierra, frente a tanta estupidez y tanta intelectualidad de salón.

(*) O de amos de casa; o del Moro Muza. ¡Y no empecemos!; que puede saltar alguna picadura del ajo único de lavar calzones. No me anden los simples sacándole punta, que pincha. Cualquiera que quiera sabe lo que significa en toda su extensión 'ama de casa'; sobre todo las verdaderas amas de casa(**)

(**) O amos de casa, o el Moro Muza (...) daderas amas de casa (***)

(***) Y así sucesivamente.